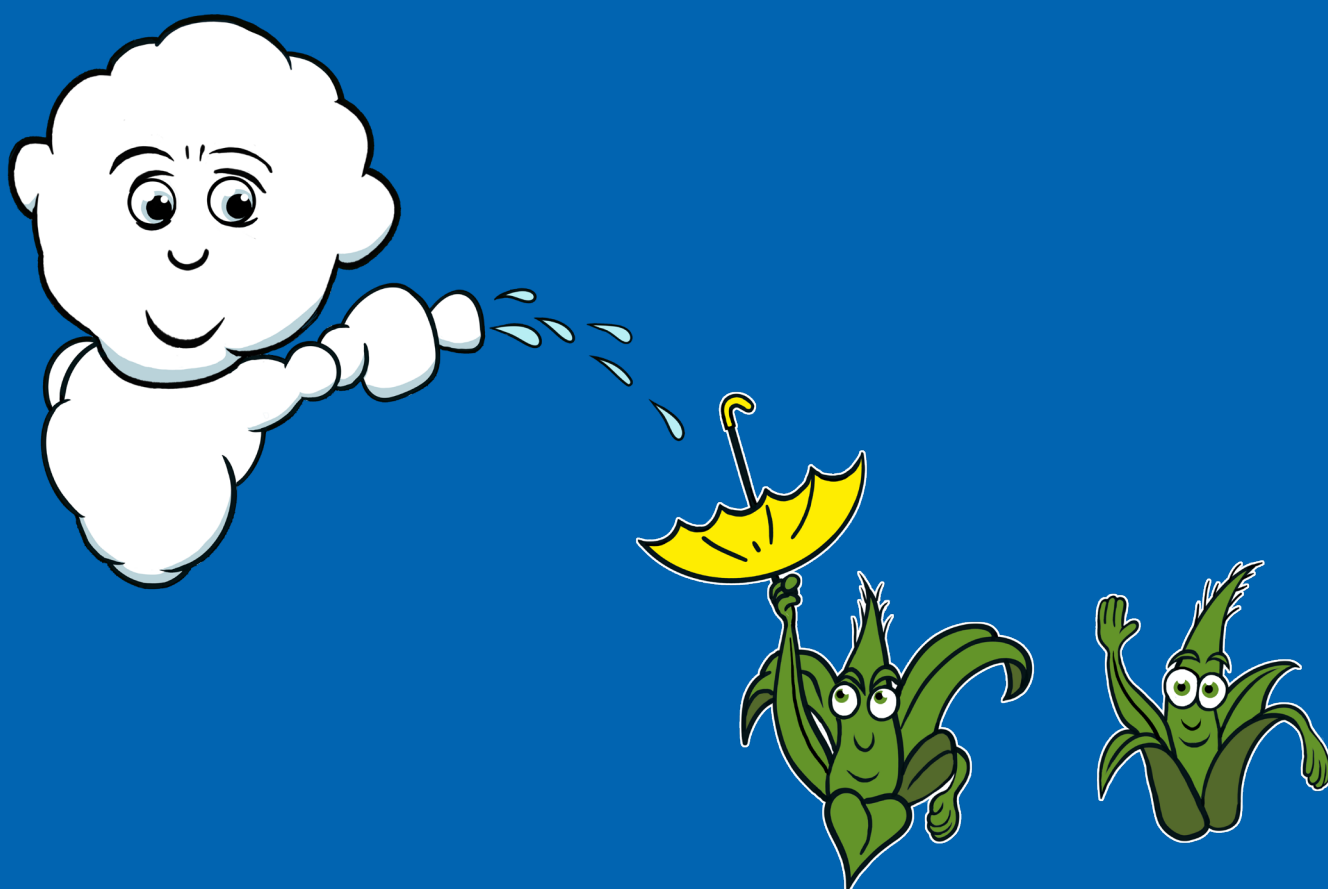


NUBA, SOL Y DARIA



Manos  Unidas

El Bosque del Norte era famoso por tener los árboles más altos, las praderas más verdes y las flores más bonitas. Todo eso era posible gracias a un conjunto de nubes que se dedicaba cada día a recorrerlo y a descargar agua sobre él.



Estaban muy bien organizadas por el Consejo de Nubes, que las distribuía por todo el territorio, por lo que conseguían mantener el Bosque verde y húmedo y detener a un gran peligro: el Desierto Marrón, que, como un gran monstruo hambriento, avanzaba lentamente para tragarse con sus arenas todo lo verde que encontraba a su paso.

Nuba era una de esas nubes encargadas de regar el Bosque. Le encantaba su trabajo porque podía volar junto a los pájaros y recorrerlo entero. ¡Se conocía todos sus rincones!

Sin embargo, nunca se había acercado hasta el Desierto Marrón. Decían que era muy peligroso, que la temperatura era tan alta que si una nube cruzaba su espacio desaparecería inmediatamente.

Un día pensó: ¿será verdad que las nubes se secan cuando atraviesan el Desierto? A ella siempre le gustaba comprobar por sí misma las cosas que oía, así es que, aunque ninguna nube lo había hecho antes y fuese arriesgado, decidió viajar hasta allí.

Cuando llegó al final del Bosque se encontró con un paisaje totalmente diferente. Ni rastro de árboles, ¡solo arena! Y mucho, mucho calor.

Avanzó un poco más y notó cómo la temperatura subía sin parar. Nuba sudaba, pero siguió adelante, buscando si el desierto tendría fin o habría algún árbol.

De repente, una voz llamó su atención:

—¡Eh, hola, hola!

Nuba miró, pero no vio a nadie.

—¡Hola! ¡Estamos aquí! ¡Aquí abajo!

Nuba volvió a mirar, esta vez con más atención. Sí, eran dos pequeñas plantas de color verde con unas pocas hojas cada una. Nuba, con mucho cuidado, se acercó a ellas.

—Es muy raro ver una nube por estos parajes, ¿qué te trae por aquí? —le dijo Sol, la más alta.

—Solo quería conocer el Desierto Marrón y comprobar si es verdad todo lo que cuentan sobre él.



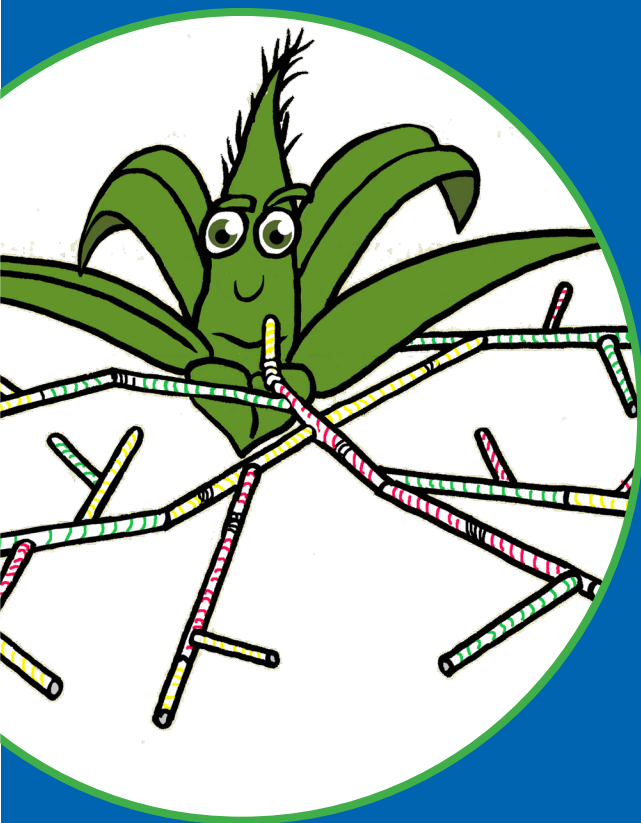
—¿Y qué cuentan? —le preguntó su hermana pequeña, Daria.

—Pues que es un lugar tan caluroso que nadie puede vivir en él. Todo se seca.

—Jajaja, —rieron—. ¡Nosotras vivimos aquí y no nos hemos secado! Pero tienes razón, hay poca agua y mucho calor, aquí no conseguiría vivir cualquier planta. ¡Nosotras hemos tenido que adaptarnos! Además, si te fijas bien, verás que no somos las únicas, hay otras como nosotras.

Nuba descubrió, que tenían razón, ¡había otras plantas! ¡Cómo podían sobrevivir tantos días al sol sin recibir ni una pizca de agua!

—Nosotras almacenamos con mucho cuidado las gotas de lluvia. Mira nuestras raíces; no son profundas como las de otras plantas, sino que están muy cerca de la superficie del suelo para aprovechar mejor la humedad y poder mantenernos vivas —dijo Sol.



—Durante toda nuestra vida hemos pensado en estas soluciones para aprovechar cada gota. Pero hace mucho tiempo que ninguna nube pasa por aquí y ya casi no nos queda agua almacenada. ¿No podrías darnos un poco de la tuya? —añadió Daria.

—Lo siento, yo no puedo daros mi agua, tengo que cumplir con mi trabajo. Cada día debo descargar mis gotas sobre el Bosque del Norte para mantenerlo verde y contribuir a frenar al Desierto Marrón. No puedo guardar nada para vosotras —dijo Nuba.

—Pero vemos vuestro bosque desde aquí y todo está verde, parece que tiene agua de sobra. Nosotras solo necesitamos unas cuantas de tus gotas. Además, para detener al Desierto lo mejor es conseguir que crezcan más plantas en su interior. ¡Así dejará de ser un desierto!

A Nuba esta respuesta le llamó la atención.

—Ahora mismo no tengo más gotas, pero veré qué puedo hacer. ¡Volveré mañana!

De vuelta al bosque pensó en lo que había descubierto. Todavía no sabía bien cómo, pero sentía que debía ayudar a Sol y Daria. Daba vueltas a dos cosas importantes que le dijeron: el bosque tiene mucha agua y, con más plantas en su interior, el Desierto desaparecería.



Por la mañana, volvió a su trabajo y descargó su agua sobre el bosque. Se veía verde y hermoso, qué diferente del rincón donde vivían Sol y Daria. ¿Era justa esa situación? Resulta que ella estaba regando plantas frondosas mientras otras resistían en el desierto con muy poca agua. Realmente no era justo.

Al final de la mañana, guardó una parte de sus gotas y por la tarde volvió al desierto y descargó la lluvia sobre Sol y Daria.

—¡Gracias Nuba! Ya casi no recordábamos el frescor del agua. ¡Hacía tanto tiempo que no la sentíamos! Con esta cantidad, bien administrada, tendremos para muchos días —le dijeron.

Pero Nuba continuó haciendo lo mismo durante toda la semana. ¡Era sorprendente ver cómo crecían sus amigas en tan poco tiempo y eso que apenas recibían unas gotas cada día!

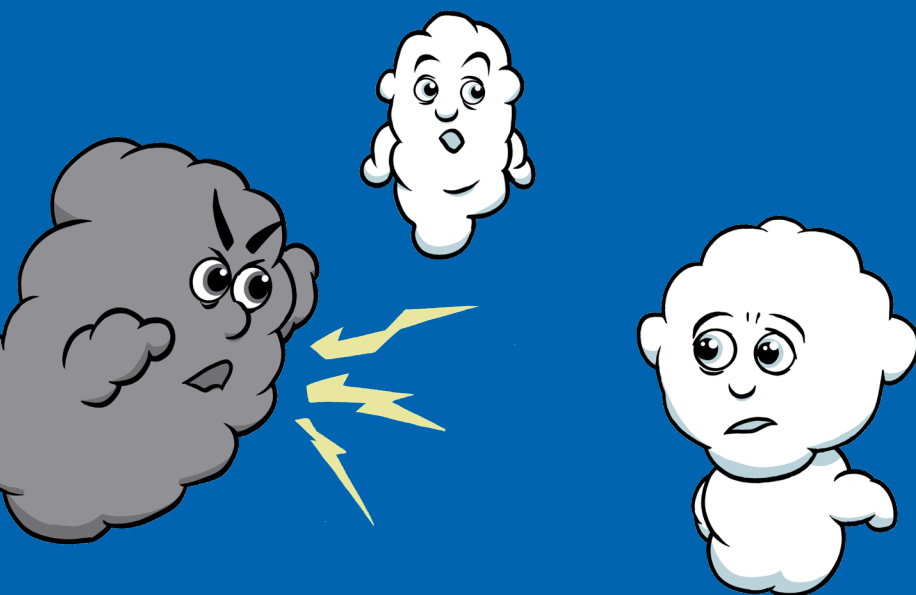
Una mañana, al despertarse, Sol y Daria se llevaron una gran sorpresa: ¡habían nacido pequeñas plantas a su alrededor! Enseguida lo organizaron todo, y repartieron con ellas el agua de que disponían. Cuando llegó Nuba, no podía creerlo. Unas pocas gotas de agua habían conseguido que esa pequeña parte del desierto fuese un poco más verde.

Con el ánimo de ver los buenos resultados, Nuba siguió yendo al desierto y repartiendo sus gotas con todas las plantas. Pero las cosas se complicaron, porque Nubarrón, una de sus compañeras de trabajo, quería saber dónde iba cada tarde y decidió investigarla:

—He descubierto que nos estás engañando, ¡te guardas gotas para ti! —le gritó un día ante el Consejo de Nubes.

Todas miraron a Nuba sorprendidas.

—Es verdad, llevo un tiempo guardando algunas gotas, pero no son para mí, son para unas plantas amigas más que no tienen apenas agua —contestó.



—Aquí, en el Bosque del Norte, no hay ninguna planta que necesite agua, todas tienen suficiente porque hacemos muy bien nuestro trabajo —dijo Nubarrón.

—Es que no están en nuestro Bosque.

—¡Lo que faltaba! ¡Encima regando plantas de otros bosques! ¡Qué vergüenza!

—No están en ningún bosque, viven en el Desierto Marrón —dijo Nuba.

—¡En el Desierto Marrón! —Todas se miraron asustadas y comenzaron a decirle: —¡Cómo se te ocurrió ir allí!, ¡eres una irresponsable!, ¡has utilizado sin permiso el agua de nuestro Bosque para despilfarrarla en el desierto!

Entonces, Nuba les contó todo lo que había descubierto y la situación en la que estaban las plantas allí y les pidió su ayuda.

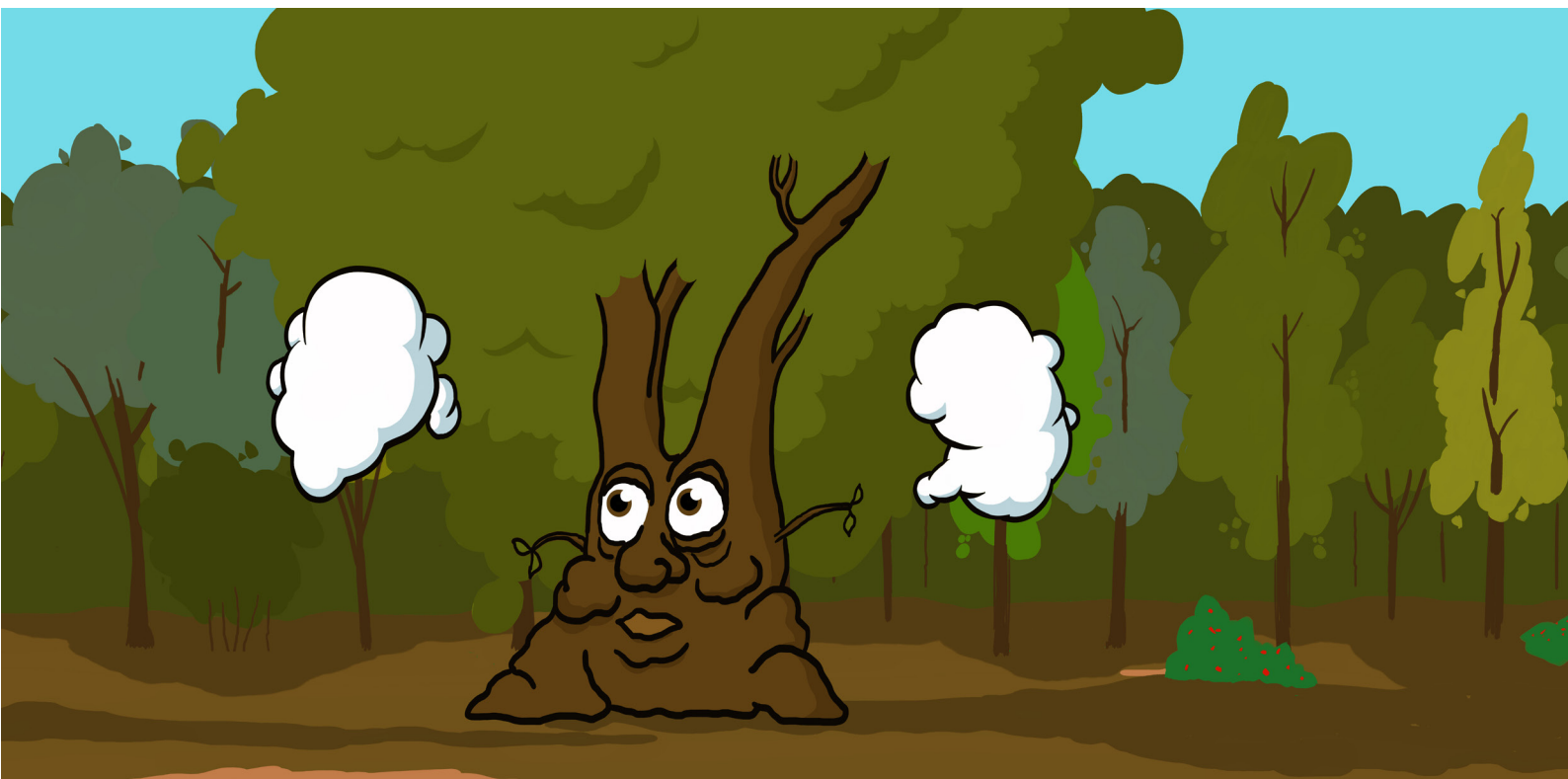
—Pero ese no es nuestro problema, las nubes debemos atender a nuestras plantas—dijo Nubarrón. Si dejamos de regarlas y nos preocupamos por otras, la sequía llegará a nuestro bosque.

—Además, el Desierto no es lugar para las plantas. ¡No vamos a desaprovechar nuestra agua porque unas plantitas caprichosas se hayan empeñado en vivir allí! —añadió otra.

—Os equivocáis —dijo Nuba —ellas no lo han elegido, pero han nacido en el desierto, además saben mejor que nosotras cómo aprovechar la poca agua que tienen. Pero casi no pasan nubes por allí. ¿Es justo que aquí las plantas tengan tanta agua y ellas tan poca? Solo se necesita que la repartamos mejor. Además, hacen una cosa muy importante, porque ayudan a que el Desierto no avance. Sin ellas, en pocos años nuestro Bosque podría desaparecer.

En ese momento uno de los árboles más viejos intervino:

—Nuba tiene razón. Cuando yo era pequeño el Desierto Marrón era algo muy lejano; todo el mundo hablaba de él, pero nadie lo había visto. Sin embargo, ahora muchos de nosotros podemos sentir el calor de su arena en nuestras raíces. Nuba



ha sido muy valiente al decidir visitarlo y contarnos lo que pasa allí. Ahora que lo sabemos no podemos continuar como si no pasase nada. Debemos ayudar a las plantas que lo necesitan y proteger nuestro bosque del avance del desierto.

—¿Entonces, ¿quién se une a mí? ¿Quién quiere repartir su agua de manera más justa y ayudar a frenar al Desierto Marrón? —dijo Nuba.

Al principio solo unas cuantas nubes se unieron, pero muy pronto fueron muchas más.



Gracias a la solidaridad de todas, el Consejo de Nubes organizó nuevos turnos que incluían la zona del Desierto Marrón y, desde entonces, no dejaron nunca de regar sus plantas. ¡Cada vez eran más, y más altas, y más verdes!

En el Bosque del Norte sabían que era muy difícil detener el avance del Desierto, pero tenían claro que todas debían colaborar, porque como decía Nuba:

«Una gota sola no puede frenar un desierto, pero sí puede hacerlo una gran lluvia formada por muchas pequeñas gotas».

Manos  Unidas